

DE LA ANÉCDOTA A LA HISTORIA

Tertulia "M.H." de

Por ANTONIO MANUEL CAMPOY



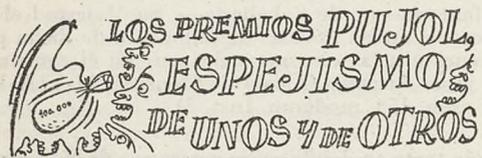
Hace unos meses, el periódico oral que tira Ernesto Giménez Caballero en el madrileño café Levante dedicó su velada a Rubén Darío, sin que hubiera un aniversario redondo para ello, pero que era muy deseado por Rosita Turcios Darío de Vaquero, sobrina del poeta y esposa del pintor Joaquín Vaquero. Pues bien, en este homenaje hablaron muchos contemporáneos del padre Rubén, entre ellos Ruiz Contreras —ese «desmemoriado» traductor que se disfraza de Anatole France. Y Ruiz Contreras, que no tiene pelos en la cabeza ni en la lengua, evocó a un Rubén, que trajo a la memoria de todos los versos que Ronsard dedicó a Rabelais:

Taut fût-il matin, qu'il n'eût bu
Et jamais au soir la nuit noire
Taut fût tard, ne l'a vu sans boire...

Y no fué sólo Ruiz Contreras el que nos presentó a un Rubén de esta guisa, sino que Alberto Insúa—en estado propicio al verso de Ronsard—también sacó a relucir sus peripatéticas andanzas, llenas de luna, en compañía del divino. Menos mal que hubo otros capaces de recordarnos a un Rubén de otro estilo, en el que la anécdota sucumbía pobremente ante la categoría del poeta, y en el que la enanidad del enamorado de la noche madrileña resultaba algo fuera de lugar ante el sol que el coloso llevaba en su frente.



El Premio Nadal goza en España de parecida fama a la que pueda gozar en Francia el Goncourt. El Nadal se falla todo los años en la Noche de Reyes, y sin que sea un tango navideño, ni muchísimo menos, tiene el sabor tierno de las cosas que nos trae la Pascua. Y como está resultando que el Nadal es el gran ímán de las plumas femeninas, nuestra ternura por él cada año va en aumento. Uno—creo que el 45—correspondió a Carmen Laforet por su novela «Nada»; otro, este 51, ha caído en suerte a Elena Quiroga, una escritora guapa que es hija de un marqués y esposa de un erudito. Además, Elena Quiroga es una mujer rubia y joven que hace poco publicó una novela con título que sabe a San Juan de la Cruz—«La soledad sonora»—. Pues bien, este año la obra premiada—se titula «Viento del Norte»—es también otra novela de las broncas, según declara su autora. Todo sucede en un pazo gallego, donde el ambiente, el paisaje y el clima influyen broncamente en los personajes, que, claro está, no son nada optimistas, sino «como la vida misma», pues ésta, para Elena Quiroga—como para el sembrador de «Santuarios»—es bronca. Así es que contamos con una novela bronca más, con una escritora joven y guapa más y con un Premio Nadal menos... (Y no se nos olvide caer en lo de este «nervio»—nada de «tesis»—ventoso que de un tiempo a esta parte sacude la literatura femenina: Un día, allá en el Oriente, fué un viento dual el que movió la veleta del Nóbel; después fué otro viento memorable que se llevó no sé cuantas cosas allá en los estados bucólicos del Sur, y ahora es otro viento, del Norte, el que sopla desde la verde y húmeda Galicia, la de los pazos tiernos y broncos de doña Emilia y de don Ramón, el que hoy airea en el Nadal su nervio femenino y bronco). Por cierto: ¿qué significa eso de «bronco»?



Entre los nombres que las tertulias de Madrid barajan en torno a las trescientas mil pesetas que don Agustín Pujol dedica a premiar tres obras teatrales, ya están los de Cayetano Luca de Tena, Julia Maura, Joaquín Calvo Sotelo y Leocadio Machado. Y añaden que también «están» José Antonio Medrano y José Suárez Carreño. Pero dice Leocadio Machado que cien mil pesetas serán para él ciertamente. «¿No soy yo, pues, el autor teatral de mi generación?» (Y conste que esta frase no es original suya, sino que se la solemnizó una noche Antonio Bue-ro Vallejo, después de que Machado le hubo leído su comedia de «El demonio en la fábrica».)



Hace unas noches, comentando en la tertulia del Lion d'Or las memorias que está publicando César González Ruano, se habló de uno de los memoriosos por César: don Mario Roso de Luna, aquel ateneísta teósofo y sorprendente, cuya gran ansiedad—aparte la que le proporcionaba la espera del nirvana—era escuchar la auténtica música pitagórica. Y bien: Un día en que don Mario cumplía años, sus jóvenes amigos, entre los que figuraban Ledesma Miranda y Juan José Mantecón, regalaron al teósofo un rollo para la pianola que tenía, pero un rollo sobre cuya cera virgen grabaron, calcándolo con mil fatigas, cierto planisferio muy del gusto de don Mario. Y así, con varias constelaciones punteadas como una sonata cualquiera, llevaron al sorprendente ateneísta aquel milagro astral, y don Mario, con lágrimas en los ojos, puso el rollo en la pianola y tuvo la alegría de oír todas las noches «la gran música de los espacios siderales, la divina música pitagórica...» (Bueno, don Mario tuvo aquella alegría, pero los vecinos del pitagórico noctámbulo, menos noctámbulos y bastante menos pitagóricos que él, pusieron el grito en el cielo por aquel atentado melopeico y desconcertante que la pianola de Roso de Luna les servía invariablemente de dos a cinco de la madrugada.)



En una tertulia literaria madrileña, hablando un día de la obra teatral de Víctor Ruiz Iriarte—«El landó de seis caballos»—cierto joven dramaturgo dijo que seis caballos son poco para arrastrar el coche de Víctor, y añadió que hacían falta más caballos. (Unos opinaron que el joven dramaturgo parafraseaba un parlamento de «Don Mendos», pero otros pensaron que hacía un chistecito.)



En una tertulia literaria madrileña, hablando un día de la obra teatral de Víctor Ruiz Iriarte—«El landó de seis caballos»—cierto joven dramaturgo dijo que seis caballos son poco para arrastrar el coche de Víctor, y añadió que hacían falta más caballos. (Unos opinaron que el joven dramaturgo parafraseaba un parlamento de «Don Mendos», pero otros pensaron que hacía un chistecito.)



El joven pintor Rodríguez Palacios, en unas declaraciones hechas al crítico Manuel Sánchez Camargo, dice, refiriéndose a los Salones de Otoño, que «no está bien que en estas exposiciones figuren firmas conocidas con tres o cuatro cuadros, con el cartel de «fuera de Concurso», mientras que a otros pintores que están empezando, con categorías de algo más que promesas, se les ponga el veto (¡oh trascendencia de la ONU!) para no recibirles ni un solo cuadro «por falta de espacio». «Esto, termina diciendo Rodríguez Palacios, mirándolo, no va desde el punto de vista sentimental, sino renovador, creo que es frenar las aspiraciones de los nuevos valores.» Nosotros, en estas cosas, no hacemos más que captar la onda, o hacernos eco, como gusten.



Una vez, en los días dorados de la Cacharrería, Ledesma Miranda se encontraba paseando cerca de la cabina telefónica del Ateneo. Y sin proponérselo, oyó cierta conversación entre Adolfo Reyes y Gómez de Baquero. Total: Que algo se tramaba de un premio literario, de un seudónimo alemán que usaba Adolfo Reyes y de un lema, también alemán, que daría la pista. Y sin pensarlo mucho tiempo, Ledesma, que por entonces era un mozalbete decidido, se fué a la biblioteca, hizo cierto trabajo (creo que un cuento); le puso cierto lema en alemán y lo envió. A los pocos días Ledesma Miranda era premiado, Adolfo Reyes era muy sorprendido y Gómez de Baquero aconseja al mejicano que para otra vez, y siempre que utilizara lemas alemanes, especificara a los jurados qué decía su lema, pues no bastaba con hacerlo en lengua alemana, «ya que ésta puede ser conocida de varios». Y eso fué todo.



Don Pío Baroja, aunque parezca mentira, también tiene su alma en su armario y también ha definido el amor. Y éste, según el autor de «El laberinto de las sirenas», es «como los constipados: entra por la cabeza, llega al pecho y luego se sale por los poros, o sea, que se suda...» Es decir, que, desde ahora al clásico intercambio de dos fantasías y otras definiciones del amor habrá que agregar el barojiano catarro, sin más lirismos. ¡Y es de ver el miedo que don Pío tiene a los constipados!



Eugenio Montes tiene pendiente con la Academia su discurso de ingreso. Mejor dicho, el que lo tiene pendiente es Eugenio d'Ors con la contestación que aun no ha escrito. ¿Y por qué?, se preguntan todos... «Estoy esperando, dice, casi silbando, el maestro, a que Montes esté dos horas seguidas en Madrid.»



Madrid anda en estos meses con cierta trifulca en torno al academicismo o pseudoacademicismo y el surrealismo, lo abstracto, el suprarrealismo y otros ismos pictóricos.

El excelente dibujante Lara, autor de muchas ilustraciones aparecidas en esta revista, llega a la Redacción de MVNDO HISPANICO. Charla con los redactores y, al final, pregunta:

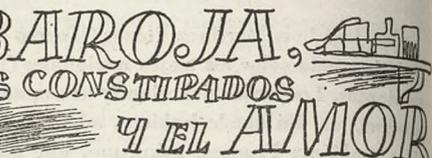
—¿No hay algún trabajo para mí?

—No. Esta vez queremos salir sin surrealismos—le replica, medio en broma nuestro Director.

—Es que yo también sé pintar cosas feas...—argumenta Lara.



No, no se trata de explicar ahora un nuevo juego de naipes, sino que los madrileños mirando las dos nuevas fuentes que le han colocado a la Puerta del Sol, dicen que son el dos de copas. Y el pintor Pedro Bueño que tampoco es mudo, añade que esas fuentes son «como dos ceniceros». Otros, que tienen tanta visión plástica de las fuentes se contentan con decir que «son las dos gemelas del Ayuntamiento presentadas en sociedad». Por cierto, comentó un chusco que la presentacioncita resultó bastante cara. (Esto no quiere decir nada; es el buen humor de los madrileños, simplemente.)



Don Pío Baroja, aunque parezca mentira, también tiene su alma en su armario y también ha definido el amor. Y éste, según el autor de «El laberinto de las sirenas», es «como los constipados: entra por la cabeza, llega al pecho y luego se sale por los poros, o sea, que se suda...» Es decir, que, desde ahora al clásico intercambio de dos fantasías y otras definiciones del amor habrá que agregar el barojiano catarro, sin más lirismos. ¡Y es de ver el miedo que don Pío tiene a los constipados!



Sí, señores, y no va de broma: Hipócrates y Apéles se han reunido a finales del pasado año en Elche. ¿Cómo? Así porque los médicos-pintores de España quisieron celebrar una exposición y la celebraron. Y según dicen los que la vieron, hubo médico allí que dejó sin valor el chistecito que les resucitaron («Médicos entre los pintores y pintores entre los médicos»). A la cabeza de los expositores estaba el Dr. Jiménez Díaz, y de ellos dijo Marañón que «lo que empuja a los médicos hacia los remansos del Arte es la necesidad de lo permanente», y añadió que a tal exposición había de entrarse «con espíritu de trascendencia sobre la simple curiosidad y sobre el puro amor a lo que es bello. No, no es ninguna tontería pensar que aquello del misterio de Elche está ya aclarado. Cosas como esta no se ven en cualquier ciudad, y mientras las demás envidiaron la originalidad de la alicantina, la Dama ibérica y misteriosa dedicaba su mejor sonrisa al médico y al pintor que un bello azar reunía.



Junto al «veni, vidi, vinci» de Julio César y a los conocidos ejemplos de la concisión espartana, no desmerece la donosa respuesta que dió el gentilhomme don Luis Zapata de Chaves a un hidalgo. Este le había comunicado: «Escribame, don Luis, llamándome, que con solas dos letras tuyas, yo iré luego». La contestación de don Luis, escrita en todo el pliegó de una carta, fué la siguiente: «Ea».



En la última velada poética del madrileño café Varela los poetas de la Medianoche hicieron un cálido homenaje a César González Ruano. Y el escritor Lizón leyó las cuartillas de César. Pero en vez de pedir unas gafas, como hacen muchos en estas ocasiones, Lizón pidió una capa. Y bajo una capa Lizón leyó las cuartillas de César, no sin antes dedicarle un párrafo de lírica amistosidad en el que le llamó Luis Candelas y dos o tres cosas por el estilo.